

GUSTAVO CISNEROS: CORRUPCIÓN Y GOLPISMO¹

A Gustavo Cisneros, cuya fortuna supera los cuatro mil millones de dólares, le gusta presentarse como el hombre más rico de América Latina y el más poderoso barón de los medios en el continente, una especie de equivalente latino de Murdoch o Berlusconi. Desde 1961 la Organización Cisneros es propietaria de Venevisión, el principal canal comercial de televisión en Venezuela, muy conocido en el extranjero por su rabiosa oposición a Chávez durante el golpe de 2002 y la denuncia incesante de sus seguidores como «populacho» y «monos». Desde la década de 1980 ha ampliado su imperio a otros países latinoamericanos, absorbiendo la cadena chilena Chilevisión y la Cadena Caracol de Colombia, con una participación importante en DirecTV Latin America, cuyo satélite hace llegar a veinte países latinoamericanos un menú compuesto por deportes, juegos, telenovelas y noticias predigeridas. También tiene una lucrativa participación en Univisión, el principal canal estadounidense en lengua española, y una conexión latinoamericana conjunta en internet con AOL TimeWarner.

Como muchos otros latinoamericanos pudientes, Cisneros es un camaleón en lo que respecta a su nacionalidad. Aunque teóricamente es venezolano –nació en Caracas en 1945, de padre cubano (empresario) y madre venezolana–, se educó e hizo su aprendizaje en los medios en Estados Unidos. Pero también es ciudadano español, por invitación expresa del rey Juan Carlos; estadounidense en Nueva York, cubano en Miami y dominicano en la República Dominicana, donde su base principal –La Casa Bonita, cercana a las instalaciones turísticas de la playa de La Ramona– está a un golpe de golf de las mansiones de otros multimillonarios de origen cubano, enriquecidos con las ganancias del azúcar, el ron y las propiedades inmobiliarias. El estilo de vida cosmopolita de Cisneros le permite escapar a los limitados horizontes de un país latinoamericano que tradicionalmente juega en segunda división. Un venezolano, según un viejo e irrespetuoso chiste latinoamericano, es un panameño que se cree argentino. Como tantos hispanoamericanos ricos, Cisneros siempre ha encon-

¹ Pablo BACHELET, *Gustavo Cisneros, un empresario global*, Caracas, Organización Cisneros, y Barcelona, Planeta, 2004.

trado su propio país demasiado pequeño para su talento y demasiado inseguro para la fortuna que ha acumulado. Como una de las figuras opacas que proporcionan al capitalismo estadounidense raíces locales fuera de Estados Unidos, es una llamativa ilustración de por qué no hay burguesía nacional en Venezuela. Cisneros está atado de pies y manos al imperio, y ha sido generosamente recompensado por ello.

Sin falsa modestia en su autopromoción, presume ahora de una encendida biografía de Pablo Bachelet, que se completa con un panegírico introductorio del novelista liberal mexicano Carlos Fuentes. Los motivos de Bachelet para ese trabajo –se trata de un periodista financiero medio chileno, con base en Washington, antes en el Dow Jones, actualmente en Reuters– son bastante transparentes. Bachelet tiene un acceso privilegiado a la familia Cisneros y la mayor parte de su informe –una lectura poco exigente– está sacada al pie de la letra de las indicaciones del propio Gustavo, quien presumiblemente le proporcionó también las fotografías sonrientes del «empresario global» con el Papa, el Dalai Lama, Kissinger, Deng Xiaoping, Walesa, Mandela, Thatcher, Netanyahu, Agnelli, y por supuesto los presidentes Carter, Reagan, Bush, Clinton y Bush. Por qué Fuentes, en otro tiempo pilar de la literatura progresista en América Latina y temprano propagandista de la Revolución cubana, puede preferir ahora enganchar su carro a una figura como la de Cisneros, cuando los chaqueteros literarios más rastrosos de los mundillos anglófono o europeo dudarían en desempeñar ese papel para Murdoch o Berlusconi, es algo que sólo se puede explicar en el contexto latinoamericano.

Gustavo es el cuarto hijo de Diego Cisneros, un importante empresario caraqueño nacido en Cuba. A la muerte de su padre, su madre venezolana emigró a Trinidad y el joven Diego se educó en aquel dominio británico. Se trasladó luego a Caracas y pronto, con un considerable encanto y un buen inglés, se convirtió en representante de varias empresas automovilísticas estadounidenses, vendiendo en la década de 1930 Chryslers y Studebakers al floreciente mercado venezolano, mientras dirigía un servicio de autobuses a Catia –un suburbio obrero de Caracas en lo alto de un cerro– con una flota de camiones reconvertidos. La fortuna de Cisneros despegó al principio de la Segunda Guerra Mundial, cuando la familia adquirió el derecho a embotellar y distribuir Pepsi Cola. Según la leyenda local (aunque Bachelet no menciona este episodio), los hombres de Diego se dedicaron a recoger los envases de Coca Cola y a arrojar desde un acantilado sus camiones de reparto, privando así a su rival de sus inconfundibles botellas con silueta faldera, que no se pudieron reponer hasta que terminó la guerra. Pepsi se convirtió pronto en la Número Uno, y Venezuela fue el único país latinoamericano en el que mantuvo esa posición durante años. Como cuenta aprobadoramente Bachelet, Cisneros padre puso pronto bajo su control todos los productos que intervenían en la producción de Pepsi: vidrio, botellas, tapones, azúcar, ácido carbónico, cajas de botellas y empaquetado. Su empresa comenzó después a operar en otros países latinoamericanos, primero en Colombia y luego en Brasil.

En la década de 1950 Diego Cisneros se introdujo en la radio y en la embrionaria industria televisiva y en 1961 adquirió el canal 4 (Televisa) y lo convirtió en Venevisión, que iba a ser el principal activo de Gustavo.

Durante las décadas de 1950 y 1960 la empresa de Cisneros estaba muy bien situada para actuar como agente del capital estadounidense. Como tal, se insertó en la nueva elite venezolana que floreció mediante la distribución generosa desde el Estado (o, más propiamente, desde los partidos políticos) de la creciente renta petrolera. La oligarquía terrateniente había menguado en riqueza y poder desde los primeros años del siglo xx, cuando la agricultura inició un profundo declive. Con el aumento de la urbanización y del empleo en el sector público, los beneficios privados en el periodo de posguerra se vincularon al creciente comercio en artículos importados, sobre todo de Estados Unidos. El proyecto de la familia Cisneros, como el de otros empresarios blancos en muchos países latinoamericanos, era aportar el confort particular de la civilización estadounidense –su comida, su cultura, sus formas de entretenimiento, sus productos de belleza– a la creciente clase media latinoamericana.

Diego Cisneros era un buen amigo de Rómulo Betancourt, líder fundador de Acción Democrática, que le había ayudado en el lanzamiento de Venevisión. La familia permaneció muy ligada a los subsiguientes líderes de Acción Democrática que se iban turnando con los de COPEI, el otro importante partido burgués, en la peculiar alternancia que caracterizó la «democracia» venezolana durante cuatro décadas desde 1958; y en particular al notoriamente corrupto Carlos Andrés Pérez, presidente en los años del *boom*, a mediados de la década de 1970, y en los años de crisis a comienzos de la de 1990, cuando fue desalojado de la presidencia por malversación de fondos públicos. Otro aliado vital era el poderoso banquero de Acción Democrática Pedro Tinoco, que desempeñó el papel de *consigliere* de la familia Cisneros en sus tratos con empresas estadounidenses. Tinoco fungió como ministro de Finanzas entre 1969 y 1972 y como presidente del Banco Central de Venezuela entre 1989 y 1992. Murió justo antes de que la quiebra del Banco Latino, del que había sido presidente, desencadenara la crisis financiera venezolana de 1994.

En 1970, a sus veinticinco años, Gustavo se hizo cargo de los negocios de la familia cuando su padre quedó incapacitado por una apoplejía. Se había graduado en el Babson College de Massachusetts en 1968, y luego pasó dos años trabajando en televisión en Detroit, Chicago, Los Ángeles y Nueva York. En 1970, en una «ceremonia sencilla» celebrada en la catedral de San Patricio, en Manhattan, realizó un triunfal matrimonio dinástico con Patty Phelps, cuyo padre, al igual que Diego Cisneros, se había establecido en Caracas como representante de diversas firmas estadounidenses, en su caso de los automóviles Ford, las máquinas de coser Singer y las máquinas de escribir Underwood. Los Phelps eran también los propietarios y fundadores de Radio Caracas, cuya rama televisiva, RCTV, era la principal competidora de Venevisión.

Durante la década de 1970 el petróleo venezolano inundó el país de petrodólares. Pese a sus conexiones políticas, Cisneros no ganó la ambiciosa puja que presentó para una cadena de plantas petroquímicas, que debía ser financiada en parte por el Estado. Bachelet cuenta tristemente que «no le bastó haber convencido al presidente»: pese al apoyo de Carlos Andrés Pérez, el proyecto Pentacom quedó bloqueado por la fuerte oposición de los diputados –innominados en el informe bastante opaco de Bachelet– que pensaron que con él se entregaría un sector estratégico de la industria venezolana a empresas transnacionales. Pero, casualmente, en 1976 el imperio de supermercados que la familia Rockefeller tenía en América Latina quedó desmantelado por las reglas establecidas en el Pacto Andino. La familia Cisneros, ayudada por Tinoco, se hizo con la rama venezolana, adquiriendo cuarenta y ocho supermercados y una docena de puestos de refrescos de un solo golpe. Los Cisneros pudieron así integrar los variados intereses de la familia, utilizando cada uno de ellos para promocionar los demás. Los productos a la venta en sus supermercados eran publicitados en Venevisión, que ahora era el principal canal de televisión del país. Las estrellas de las telenovelas emitidas por Venevisión aparecían bebiendo el champán del que era concesionario Cisneros o lavándose el pelo con su champú. Antes de que pasara mucho tiempo los puestos de refrescos adquiridos a Rockefeller se habían convertido en Burger King; también adquirió las licencias de Taco Bell y Pizza Hut y la cadena venezolana de los almacenes Sears, Roebuck & Co., más tarde rebautizados como Maxys.

La familia Cisneros, siempre moderna y yanquizada, fue de los primeros promotores de la pornografía blanda, adquiriendo la «Organización Miss Venezuela» que preparaba a las modelos aspirantes a participar en competiciones de belleza nacionales e internacionales. Esas jovencitas ligeras de ropa, todas ellas refulgentemente blancas en un país de indios y negros, no sólo aparecían regularmente en Maxys y en Venevisión, sino que también eran utilizadas para promocionar los artículos de Cisneros disponibles en los supermercados de éste. Como se jactaría más tarde su sobrino Carlos, cuando compraron los derechos para América Latina de Playboy TV: «Entendimos que [*Playboy*] era el único gran tesoro que no había llegado todavía de Estados Unidos a América Latina, porque todos suponían que es un continente muy católico».

La colosal renta del petróleo durante la década de 1970 le permitió a la clase dominante venezolana tejer una vasta red de relaciones de padrinazgo, además de financiar unos cuantos proyectos infraestructurales desperdigados. Cuando el precio del petróleo comenzó a caer, los gobiernos, primero de Pérez y luego de Herrera Campins, trataron de mantener la diarquía AD-COPEI mediante un acrecentado endeudamiento. La deuda externa del país creció espectacularmente tras la escalada de los tipos de interés estadounidenses en 1979, llegando a 31.000 millones de dólares en 1982, casi el doble que en 1978. La economía se contrajo bruscamente, aumentó la inflación y se aceleró la huida de capitales,

creando presiones que un bolívar sobrevalorado no pudo aguantar. El resultado fue el control de cambios y la devaluación de 1983, que Bachelet sólo menciona en términos de su impacto —«un duro golpe»— sobre la elite cuya codicia había contribuido a provocarla. Según dice Julia Buxton en su ensayo «Política económica y ascenso de Hugo Chávez al poder»*, los nuevos controles revelaron que los «clientes» favorecidos por los partidos gobernantes se habían quedado con unos 11.000 millones de dólares en divisas extranjeras para financiar sus dólares baratos. Durante los seis años en que estuvo en vigor el control de cambios, los salarios reales cayeron un 20 por 100, el gasto público se vino abajo, el desempleo aumentó hasta cifras con dos dígitos y la inflación llegó al 40 por 100 anual. En 1978 sólo el 10 por 100 de los venezolanos vivía en la pobreza; en 1988 era el 39 por 100.

La respuesta de Cisneros y sus compinches fue, por supuesto, la fuga de capitales. Citando con viveza la divisa de Cisneros: «Las mayores y mejores oportunidades surgen de las crisis», Bachelet se dedica a detallar sus inversiones en el extranjero. En 1984 compró Spalding, la inmensa cadena deportiva estadounidense, y luego Galerías Preciados en Madrid, otro buque insignia de los grandes almacenes. El resultado fue desastroso: la empresa inmobiliaria británica a la que Cisneros esperaba enredar en el trato se hundió en el crac de Wall Street de 1987, y en lugar de dinero Cisneros tuvo que cargar con un prestigioso solar cerca de la catedral de San Pablo en Londres, en el que se habían fijado ya las especiosas atenciones arquitectónicas del príncipe de Gales. Cisneros, deseoso de complacer al príncipe pero también atento al dinero que la operación podría producir, le presentó los planos para el lugar dibujados por la firma Arup en la residencia ultramoderna del embajador británico en Caracas. El príncipe objetó la propuesta de Arup, pidiendo edificios más bajos y menos tiendas, y Cisneros se vio obligado a abandonar el proyecto.

En 1988 los salarios reales habían caído un 40 por 100 y el servicio de la deuda había aumentado hasta 5.000 millones de dólares al año. En diciembre Carlos Andrés Pérez fue reelegido como presidente, tras una campaña en la que evocaba los años del *boom* de gasto libre durante su mandato en la década de 1970. Sin embargo, una vez llegado a la presidencia, Pérez cambió de chip, plegándose a un programa de ajuste estructural dictado por el FMI, y puso en marcha una serie de medidas neoliberales recortando las subvenciones a los servicios públicos y suprimiendo el control de precios. Al cabo de un año la economía se había contraído un 8 por 100. La pobreza de carácter general creció del 44 por 100 en 1988 al 67 por 100 en 1989, y la extrema del 14 al 30 por 100. Cuando en febrero de 1989 se duplicaron las tarifas de los autobuses para reflejar el aumento en el cos-

* Julia BUXTON, «Política económica y ascenso de Hugo Chávez al poder», en Steve Ellner y Daniel Hellinger (eds.), *La política venezolana en la época de Chávez: clases, polarización y conflicto*, Caracas, 2003. [N. del T.].

te de la gasolina, Caracas estalló en un rosario de saqueos y disturbios. Cuatro de los supermercados de Cisneros fueron saqueados. Aquel levantamiento, conocido como *el caracazo*, fue finalmente aplastado por el ejército, con más de un millar de personas muertas.

Bachelet, defendiendo el «sobrio paquete de medidas» de Pérez, admite que «Venezuela no había sido preparada durante la campaña electoral para hacer frente a la verdad». Pero su principal preocupación es la suerte de su héroe. El caracazo supuso un aldabonazo para Cisneros. Le hizo darse cuenta de que su riqueza ya no estaba segura en Caracas. Su simple y lucrativo papel como lacayo del capitalismo estadounidense estaba seriamente amenazado. El propio Estado venezolano se estaba viniendo abajo, con las vigas podridas desde dentro, de modo que decidió que tenía que sacar del país el grueso de la fortuna familiar. Mientras proseguía la terapia de choque del gobierno, la economía seguía contrayéndose aún más y la tasa de pobreza seguía empeorando. En febrero de 1992 el entonces teniente coronel Chávez lanzó un golpe de Estado fallido destinado a frenar el monstruo neoliberal que Pérez había desatado. Cisneros puso Venevisión a disposición de Pérez, y el discurso de éste durante el golpe salvó su vida política; pero la impopularidad de Pérez acabó contagiando a Venevisión. Las cifras de audiencia cayeron dramáticamente, con la consiguiente pérdida de ingresos en publicidad, y el canal no volvió a ocupar la primera posición hasta la retransmisión de la Copa Mundial de fútbol desde Estados Unidos en 1994.

En marzo de 1993 el fiscal general de la República presentó una acusación en contra de Pérez por malversación de 250 millones de bolívares (2.800.000 dólares) de la partida presupuestaria secreta del gobierno, un episodio que Bachelet oculta discretamente, retorciéndose en cambio las manos de angustia por lo que entiende como inicio de la inestabilidad en la democracia venezolana. En diciembre se celebraron nuevas elecciones, en las que Acción Democrática fue derrotada; Cisneros perdió así su aliado en el Palacio de Miraflores. A continuación, en enero de 1994, el principal banco del país, el Banco Latino, fue puesto bajo administración judicial, amenazando los ahorros de la clase media. La familia Cisneros estaba profundamente implicada en el desastre: su amigo Tinoco era el fundador del banco y había introducido a Ricardo Cisneros, hermano de Gustavo, en su consejo de administración. El torrente de acusaciones contra su hermano impulsó a Cisneros a realizar una aparición pública en Venevisión, denunciando el dolor que le había causado aquella «campaña orquestada». Aunque Bachelet pasa de puntillas sobre el escándalo, limitándose a alabar los sentimientos fraternales de Cisneros en lugar de analizar los hechos, la reputación de Cisneros quedó muy dañada. Pero el efecto sobre la economía del país fue mucho peor. El gobierno de Rafael Caldera tuvo que emplear el 12 por 100 del PIB de 1994 en estabilizar el sistema financiero del país, y la fuga de capitales y la devaluación de la moneda provocaron tasas de inflación superiores al 70 por 100 y rebajas aún mayores del gasto público.

Los intentos de Cisneros de sacar su patrimonio de Venezuela cobraron velocidad. Vendió su participación en la Pepsi a su rival, Coca Cola –desilusionando a los sentimentalistas del libre mercado y demostrando una vez más que no hay honor entre ladrones–, y los grandes almacenes Maxys y los supermercados CADA (Corporación Distribuidora de Alimentos) a una cadena colombiana; hasta se deshizo de Spalding. Reinvertió los beneficios obtenidos en la compra de los supermercados estadounidenses Pueblo Xtra, con puntos de venta en regiones menos agitadas como Florida y Puerto Rico, y comenzó a sacar sus fondos de los sectores del consumo de masas –supermercados, hamburguesas, helados, champú– para invertirlos en los sectores generadores de ingresos de la nueva era: televisión, telecomunicaciones, internet, música popular y, por supuesto, sus acompañantes, bebidas ligeras y cerveza.

De esa liquidación de activos quedó excluida Venevisión. Había demostrado su valor con el éxito internacional de sus telenovelas, que salieron del limitado mercado latinoamericano en la década de 1990 para encontrar un nicho en todo el planeta. Su fórmula horterá se demostró irresistible: una historia de ambiciones, una trama emocional lacrimógena y cierta dosis de porno blando. Basado en su triunfo, Cisneros tenía grandes esperanzas de entrar en el mercado televisivo estadounidense, con sus millones de espectadores hispanos. Su amigo Emilio Azcárraga, propietario de la Televisa mexicana, había hecho ya un intento en la década de 1980, creando una empresa conocida como Univisión, pero se había visto obligado a venderla en 1986 tras un enfrentamiento con la Comisión Federal de Comunicaciones sobre su propiedad extranjera.

Azcárraga, quince años mayor que Cisneros, era por lo demás una figura muy similar, hijo de un magnate local, que consolidó y amplió el negocio de la familia en una operación para toda América Latina; Bachelet menciona los frecuentes viajes de Azcárraga en yate para acercarse a ver a Cisneros en la República Dominicana. Cisneros le propuso una empresa conjunta entre ellos dos y un socio estadounidense para eludir la vigilancia de la CFC. El trato se cerró en 1992 y Univisión comenzó a emitir para los hispanos estadounidenses la dieta –telenovelas, entrevistas vacías, «noticias» fabricada en Venezuela y México. Esto se podría considerar como un imperialismo cultural invertido, pero en la práctica la programación estaba ya muy americanizada, y ahora simplemente se regurgitaba a una audiencia hispana ya familiarizada con la receta. Paradójicamente, Venevisión se vio obligada ahora a introducir una dimensión multiétnica en sus programas, del todo ajena al ambiente racista blanco de Caracas, pero *sine qua non* en la cultura actual de Estados Unidos.

En 1996 el anémico gobierno de Caldera se vio obligado a recurrir al FMI. El brutal «Acuerdo de Venezuela» levantó los controles de precios, *inter alia*, y la tasa de inflación subió hasta el 100 por 100. A finales de año la pobreza generalizada era del 86 por 100 y la extrema pobreza del 65 por 100. Pero fue una época de rejuvenecimiento para Cisneros; pronto se hizo con

la participación de Azcárraga en Univisión, y desde su plataforma estadounidense comenzó a comprar canales de televisión en América Latina, en particular Chilevisión en Chile y la Cadena Caracol en Colombia. En 1995 creó el servicio de televisión por satélite DirecTV como consorcio con Hughes Electronics, empresa subsidiaria de General Motors. Pese a la entrada simultánea en el mercado de la Sky de Rupert Murdoch, que ya había hecho un trato con Televisa y con las Organizações Globo de Roberto Marinho en Brasil, al cabo de cinco años DirecTV tenía más de diez millones de suscriptores. Fue en ese momento cuando Cisneros dirigió su atención a internet, creando otro consorcio para extender la cobertura de AOL a América Latina.

En el momento de las elecciones de 1998 en Venezuela la clase política estaba totalmente desacreditada. Chávez, preso durante dos años tras su fallido golpe, se había ido ganando un considerable apoyo popular por su rechazo de la ortodoxia neoliberal y una defensa clara y sin rodeos de los pobres, que ahora constituían la inmensa mayoría de la población. Ganó las elecciones de diciembre de 1998 con el 56 por 100 de los votos emitidos. Cisneros estaba entre los oligarcas financieros del país que esperaban que aquel oficial casi desconocido se sometiera a su voluntad. La noche de las elecciones se encontraron de forma amistosa en los estudios de Venevisión, y Bachelet informa sobre las subsiguientes conversaciones con el nuevo presidente, en las que Cisneros manifestó su compromiso con la solidaridad social. En una reunión que Bachelet no menciona, Cisneros sugirió que uno de sus hombres se encargara de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones, un organismo público regulador que podía ayudar mucho a la Organización Cisneros. Chávez rechazó la oferta; planeaba llevar adelante su programa para regenerar el país sin la ayuda de sus gobernantes tradicionales, ya fueran políticos o financieros. En noviembre de 2001 propuso varias leyes sobre reforma agraria, hidrocarburos y Seguridad Social. Cisneros pronto se incorporó a la creciente y cada vez más histérica oposición de la elite, quejándose de que el país había caído en manos de un populista autoritario y apuntando a la persistencia de los males económicos; males creados, mucho antes de la elección de Chávez, por una serie de gobiernos que él mismo había apoyado incondicionalmente.

Cisneros fue un miembro clave del grupo que planeó el derrocamiento de Chávez en 2002. La noche del 11 de abril, después de que Chávez hubiera sido sacado a punta de pistola del Palacio de Miraflores, los principales conspiradores se reunieron en la suite de Cisneros en Venevisión (para Bachelet, que trata de distanciar a Cisneros del golpe aprobado por Estados Unidos, ésta era simplemente un lugar en el que «líderes políticos, hombres de negocios, dirigentes sindicales e intelectuales acudían en momentos de crisis»). A la mañana siguiente, bien temprano, Pedro Carmona, el presidente de la confederación empresarial Fedecámaras (Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela), anunció en televisión desde Fuerte Tiuna, la principal base militar en la capital,

que él era el nuevo presidente, para gran sorpresa de Cisneros, según Bachelet, a quien tampoco le parece necesario mencionar que el día siguiente, 13 de abril, Cisneros acudió al Palacio de Miraflores, ya rodeado por una exasperada multitud que exigía el regreso de Chávez. Carmona acababa de anunciar la clausura del Congreso y el Tribunal Supremo, así como la derogación de la Constitución. Cisneros, que llegó con otros representantes de los medios de comunicación², sugirió que la estrategia de comunicaciones del nuevo gobierno debía quedar en sus manos; Carmona aceptó agradecido. Pocos minutos después de que la delegación de Cisneros hubiera dejado el Palacio, sin embargo, los soldados de la Guardia de Honor del presidente lo volvieron a tomar, deteniendo a algunos de los líderes del golpe, aunque Carmona escapó a Fuerte Tiuna.

Y, sin que Bachelet tampoco lo mencione, Cisneros ordenó que sus canales no retransmitieran ninguna noticia del contragolpe, ni mostraran imágenes de las decenas de miles de personas que descendían de los cerros que rodean Caracas para asegurar el regreso de «su» presidente, algo que Bachelet describe como «unas pocas contramanifestaciones en favor del depuesto Jefe del Estado». Durante el resto del día, en las pantallas de Cisneros sólo se pudieron ver viejas películas y dibujos animados: las noticias sobre los acontecimientos en la capital las daba únicamente la CNN. El regreso al poder de Chávez el 14 de abril no disuadió a Cisneros y otros líderes de la oposición de intentar un nuevo golpe, esta vez organizando en diciembre de 2002 un cese de actividades de la industria petrolera del país. Chávez sobrevivió tanto a la interrupción de la producción de petróleo —que costó al país, según se estima, unos 6.000 millones de dólares— como a la subsiguiente celebración de un referéndum revocatorio en agosto de 2004.

«Llegará el día, ojalá no muy lejano —declaró Chávez en mayo de 2004, al principio de la campaña del referéndum—, en que tengamos nosotros un cuerpo de jueces y un cuerpo de fiscales que no le tengan miedo a nada y que actúen como manda la Constitución y lleven a prisión a capos como este Gustavo Cisneros.» Es, por supuesto, la actuación del gobierno radical de Chávez, que representa una alternativa al proyecto de libre mercado al que Fuentes y tantos otros viejos izquierdistas latinoamericanos se han adherido ahora, lo que explica la oda rococó del novelista liberal al multimillonario de derechas. Visto a través de las lentes serviles de Fuentes, Cisneros es un ciudadano modelo, un visionario y un empresario «global». El mercader de telenovelas, rubias curvilíneas y champú es alabado por añadir a la estética y las tradiciones literarias del continente latinoamericano «una cultura empresarial comparablemente honrada y resistente». Sus vidriosos negocios inmobiliarios en Madrid han «abolido el océano». Ha sido el «escudero de la lengua española en el corazón de Angloamérica». En sus

² Entre otros, Alberto Ravell, de Globovisión; Marcel Granier, de Radio Caracas TV; y Omar Camero, de Televen. También estuvieron presentes Miguel Henríque Otero, de *El Universal*, y Andrés Mata, de *El Nacional*.

relaciones con los empresarios estadounidenses, Cisneros ha sido un «*adelantado* –osado aventurero español de la era colonial– de [las] relaciones de provecho mutuo». Sobre todo, cuando se vio obligado a intentar «ganarle la batalla a la tentación autoritaria», y a desempeñar «un papel político en su Venezuela nativa»: «Gustavo Cisneros se ubica en el centro democrático y sufre por ello los ataques, calumnias y demás balística del sótano chavista». Fuentes compara (predeciblemente) a Chávez con Hitler, Mussolini y Perón, pero no explica la forma en que tuvo lugar esa intervención –el golpe de Estado de 2002 que pretendía acabar con la democracia en Venezuela–, ni el importante papel de Venevisión en aquellos acontecimientos, dentro y fuera de la pantalla, con el propio Cisneros como uno de los principales instigadores de la operación.

Retrospectivamente, el entusiasmo de Fuentes por Cisneros no es tan sorprendente. Como hijo de un diplomático mexicano, Fuentes pertenece al mismo mundo transcultural que el empresario venezolano. Él también puede ser estadounidense en Nueva York cuando lo exige la ocasión, o europeo en París o Madrid. Su desilusionada visión de las tradiciones revolucionarias latinoamericanas se ha ido haciendo cada vez más amarga con los años y colorea claramente su actitud hacia Chávez, condenado desde antes de que comenzara la revolución bolivariana. Ese veneno, a menudo con un matiz abiertamente racista o elitista, es bastante frecuente en América Latina, no sólo entre la mimada elite proyanqui, sino también en su izquierda intelectual.

Paradójicamente, desde el fracaso del intento de derrocamiento del presidente en el referéndum revocatorio de 2004, el *adelantado* de Fuentes parece haber adoptado una actitud más cínico-realista. La amenaza de Chávez ha descansado siempre en gran medida en su capacidad para plantear una alternativa ideológica al Consenso de Washington, respaldado por una ampliación real, aunque desigual, de los derechos sociales; sus medidas redistributivas apenas han tocado las fortunas que Cisneros y sus compinches han sustraído a los venezolanos corrientes durante décadas de corrupción estatal y bancos hampones. Más avanzado 2004, Cisneros consiguió un encuentro con Chávez gracias a la mediación de Jimmy Carter. Si Chávez le facilitaba a Cisneros una entrevista con el gobierno de Lula en Brasil, cesaría la propaganda antigubernamental de Venevisión. Cisneros ha incrementado desde entonces sus obras de caridad en Venezuela, muchas de ellas supervisadas por su esposa –una «aliada magnífica», en palabras de Fuentes–, cuyas colecciones de arte europeo del siglo xx y de Expresionismo Abstracto latinoamericano han proporcionado a la Organización Cisneros un sustancial barniz cultural. Siempre alerta a las nuevas modas, Patty Phelps de Cisneros se ha interesado ahora por los pueblos tribales del Orinoco, invitando a celebridades a su campamento de vacaciones junto al río y acumulando una inmensa colección de arte y utensilios indígenas. Su preocupación por la región encuentra paralelo en la de su marido, que posee una mina de oro en el vecino Estado de Guayana en asociación con Gold Fields Ltd., una empresa sudafricana.

Pero si Cisneros ha salido beneficiado de la hagiografía que de él ofrece Fuentes, a cambio le ha proporcionado un beneficio que seguramente supera la cantidad simbólica que pueda haber cobrado por su prólogo: el de un personaje de la vida real cuya biografía imita su propia ficción. Ningún novelista puede pedir mayor galardón. En efecto, el protagonista de una de las primeras y más famosas novelas de Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*, publicada en 1962, es un sosias casi perfecto de Cisneros: un hombre que aprovecha las oportunidades allí donde se le presentan, convirtiéndose en un hombre de negocios rico y corrupto, que ejerce el poder mediante sus fábricas, sus periódicos, sus contactos y su fortuna:

Todo un muro de tu despacho estará cubierto por ese cuadro que indica la extensión de y las relaciones entre los negocios manejados: el periódico, las inversiones en bienes raíces –México, Puebla, Guadalajara, Monterrey, Culiacán, Hermosillo, Guaymas, Acapulco–, los domos de azufre en Jáltipan, las minas de Hidalgo, concesiones madereras en la Tarahumara, la participación en la cadena de hoteles, la fábrica de tubos, el comercio del pescado, las financieras de financieras, la red de operaciones bursátiles, las representaciones legales de compañías norteamericanas, la administración del empréstito ferroviario, los puestos de consejero en instituciones fiduciarias, las acciones en empresas extranjeras –colorantes, acero, detergentes– y quince millones de dólares depositados en bancos de Zurich, Londres y Nueva York. [...] Préstamos a corto plazo y alto interés a los campesinos del estado de Puebla, al terminar la Revolución; adquisición de terrenos cercanos a la ciudad de Puebla, previendo su crecimiento; gracias a una amistosa intervención del presidente en turno, terrenos para fraccionamiento en la ciudad de México; adquisición del diario metropolitano; compra de acciones mineras y creación de empresas mixtas mexicano-norteamericanas en las que figurase como hombre de paja para cumplir con la ley [...]

Cuando Cisneros yazga también finalmente en su lecho de muerte, quizá evoque los momentos finales de su *alter ego*:

Sí –suspirarás y le pedirás un fósforo a Padilla–, veinte años de confianza, de paz social, de colaboración de clases; veinte años de progreso, después de la demagogia de Lázaro Cárdenas, veinte años de protección a los intereses de la empresa, de líderes sumisos, de huelgas rotas. Y entonces te llevarás las manos al vientre y tu cabeza de canas crespas, de rostro aceitinado, pegará huecamente sobre el cristal de la mesa y otra vez, ahora tan cerca, verás ese reflejo de tu mellizo enfermo, mientras todos los ruidos huyan, riendo, fuera de tu cabeza y el sudor de toda esa gente te rodee, la carne de toda esa gente te sofoque, te haga perder el conocimiento. El gemelo reflejado se incorporará al otro, que eres tú, al viejo de setenta y un años que yacerá, inconsciente, entre la silla giratoria y el gran escritorio de acero: y estarás aquí y no sabrás qué datos pasarán a tu biografía y cuáles serán callados, escondidos. No lo sabrás. Son datos vulgares y no serás el primero ni el único con semejante hoja de servicios. Te habrás dado gusto. Ya habrás recordado eso. Pero recordarás otras cosas, otros días, tendrás que recordarlos. Son días que lejos, cerca, em-

pujados hacia el olvido, rotulados por el recuerdo –encuentro y rechazo, amor fugaz, libertad, rencor, fracaso, voluntad–, fueron y serán algo más que los nombres que tú puedas darles: días en que tu destino te perseguirá con un olfato de lebre, te encontrará, te encarnará con palabras y actos, materia compleja, opaca, adiposa tejida para siempre con la otra, la impalpable, la de tu ánimo absorbido por la materia.